

fatal que retrasó por algunos años el progreso de la nación. No la buscaron los gobernantes argentinos. Surgió como una consecuencia de la soberbia de Solano López, dictador del Paraguay, que se creía destinado á renovar en la tierra sudamericana los prodigios de Napoleón.

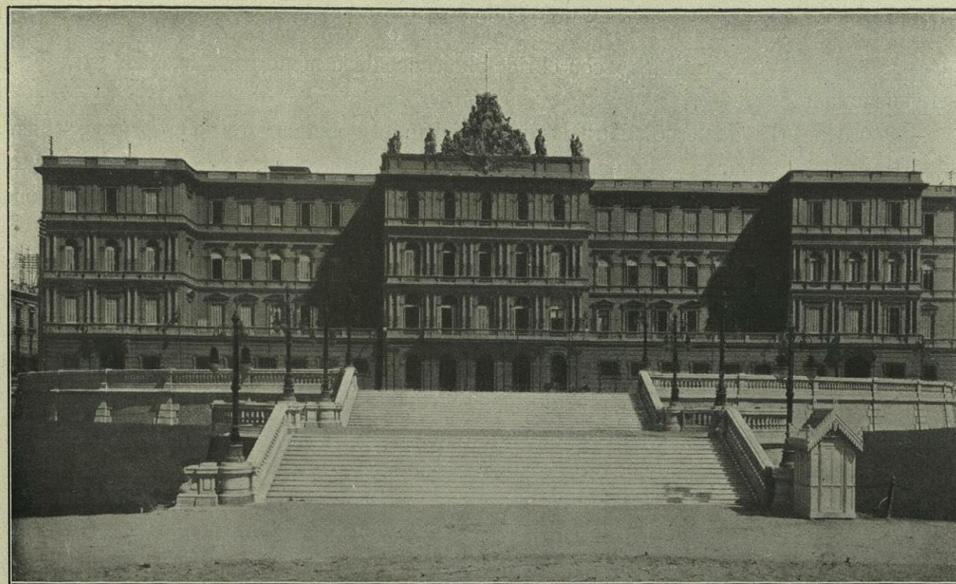
Solano López apresó buques argentinos en Corrientes, invadió dicha provincia, y el Gobierno no pudo dar otra respuesta á tales atentados que aliarse con el Brasil y la República Oriental para la invasión del Paraguay. La guerra duró más de cinco años, y hay que reconocer que muy contadas naciones se han defendido con la heroica tenacidad de los paraguayos. Aislados en el interior del continente, disputaron el terreno palmo á palmo á la Triple Alianza, que llegó á reunir contra ellos 70.000 hombres. Las tropas argentinas se cubrieron de gloria en varios combates, pero sufrieron pérdidas enormes. La guerra sólo acabó cuando Solano López fué muerto y no quedaron más que mujeres y niños para defender su patria.

Con Urquiza y Mitre empiezan las presidencias electivas y las grandes reformas. Es el Renacimiento de la República.

Todavía, sublevaciones y guerras civiles conmueven el país por algún tiempo, como un reflejo de la anarquía anterior; pero estas revueltas son menos duraderas que en el pasado, y poco á poco se extinguen, hasta que la Historia Argentina sólo admite tres hechos importantes, dignos de figurar en sus anales: la paz, el trabajo y el aumento de población.



NOVIAZGO EN LA PAMPA



BUENOS AIRES. PALACIO DE GOBIERNO (Lado del Norte).

LA ARGENTINA DE HOY

I

EL RIEL, EL TRANSATLANTICO, EL REMINGTON Y EL ALAMBRE

LA historia política de la República Argentina la dividen los autores en tres épocas: el Descubrimiento, el Coloniaje y la Independencia.

La historia de su progreso, que es la verdadera historia, debe subdividirse del siguiente modo: antes y después de las primeras líneas férreas, época que puede llamarse del riel; antes y después de la llegada del transatlántico á vapor; antes y después de la adopción del fusil Remington; antes y después del alambrado de los campos.

Los enemigos más temibles con los que tuvo que luchar la República durante los dos primeros tercios del siglo XIX, fueron la enormidad de las distancias y la escasez de habitantes.

La distancia estorbó la consolidación definitiva de la República, favoreciendo el despotismo local. De nada servían los intentos para establecer un régimen de libertad, unificando el país bajo los ideales modernos. Un viaje desde Buenos Aires á las provincias del Norte ó del Oeste, era mucho más largo que un viaje á Europa. En vano el Gobierno se valía del *chasqui*, mensajero veloz, y de la galera, que resultaba entonces el medio más rápido de locomoción. Transcurrían meses y meses sin que la capital lograra ponerse en contacto con las provincias.

Este aislamiento servía para que los gobernadores viviesen como monarcas de derecho divino, sin miedo á la vigilancia y la censura de las grandes ciudades. Cada provincia era un Estado, independiente de hecho. Bajar del interior al litoral representaba una expedición de dos

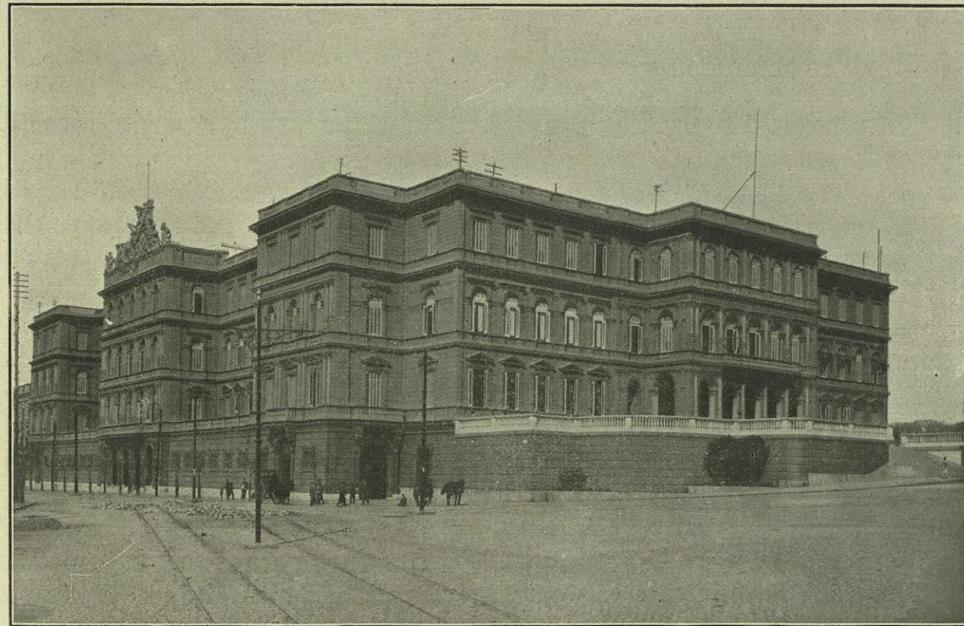
ó tres meses, en pesadas carretas y con el rifle al alcance de la mano para defenderse del indio y el gaucho ladrón.

Las órdenes del Gobierno central las despreciaban los gobernadores de provincias, sabiendo que transcurriría mucho tiempo antes de que los ministros llegasen á enterarse del desacato. Fiados en lo difícil de las comunicaciones, sublevábanse con gran facilidad. Por pronto que organizaba el Gobierno una expedición para castigo de los rebeldes, y por rápido que fuese el movimiento de las tropas avanzando á marchas forzadas, transcurrían varias semanas antes de que el castigo se hiciese efectivo. En muchas ocasiones, el Gobierno, por evitarse una intervención costosa, fingía no ver las desobediencias, dejándolas impunes.

La tardanza en la represión ó la falta absoluta de ésta fomentaba las ambiciones de los régulos provinciales y sus instintos separatistas. Todo personajillo surgido en los territorios del interior á impulsos de las revueltas civiles, creíase predestinado á ser un nuevo Rosas. ¡Imposible la unificación del país, su cohesión política y su progreso, mientras las ciudades estuviesen separadas por distancias de semanas ó de meses!

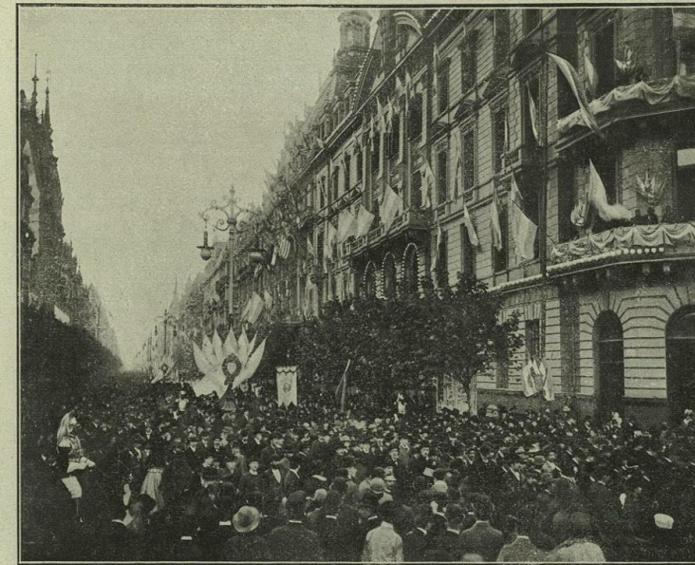
Hasta que se tendieron los primeros rieles en el suelo argentino, la República fué una mentira geográfica. Vista desde fuera, presentaba el aspecto de una nación. Interiormente era un conglomerado de Estados, un hervidero de ambiciones y odios provinciales. Sólo el caudillo poseía una importancia efectiva. El Gobierno, imponente y vistoso en el exterior, desempeñaba en la vida interna un papel igual al del tonto de las comedias antiguas: inflado por una ilusoria autoridad y desobedecido y vejado por todos.

El día en que los rieles se extendieron por la Argentina, como dedos férreos y ágiles de una voluntad central, la nación empezó á ser algo positivo. Escasaron las guerras civiles y ya no fueron posibles las insurrecciones de provincias. Ciudades situadas á dos meses del litoral, quedaron á una distancia de veinticuatro horas. Dos días bastaban á un regimiento para movilizarse é imponer el orden en puntos adonde sólo se llegaba antes con treinta ó cuarenta jor-



BUENOS AIRES. PALACIO DEL GOBIERNO (Lado del Este).

nadas. Además, los habitantes de las provincias, por medio del ferrocarril, el telégrafo y el periódico podían esparcir con fulminante rapidez, por toda la República, sus protestas contra la arbitrariedad. Acabaron para siempre las guerras civiles, las insurrecciones, las revueltas, el caudillaje tiránico, auxiliado por la barbarie gauchesca y la rapacidad india. La República, tranquila y unificada, dejó de mirar hacia dentro y de preocuparse de sus crisis internas, volviendo los ojos al exterior, donde estaba la esperanza.



UNA MANIFESTACIÓN PATRIÓTICA EN LA AVENIDA DE MAYO

La vida comercial experimentó con el riel una transformación tan grande como la política. La República, á pesar de sus riquezas naturales, vivió pobre hasta que la locomotora, viniendo del interior, se detuvo en la barranca de los ríos, junto al trasatlántico que esperaba humeante.

Ya hablamos del destino de los inmensos rebaños, antes que la Argentina conociese el ferrocarril y el buque de vapor. Las llanuras aparecían como un pudridero de carne inservible. Los caranchos y demás aves de presa eran los únicos que prosperaban y se desarrollaban en este despilfarro. Sacrificábanse centenares de miles de toros, para aprovechar únicamente los cueros. Se mataba una vaca para guisar su lengua, dejando abandonado el resto. El comercio sólo podía traficar con las pieles y el sebo, artículos que, por su volumen, permitían ser transportados en carretas; y aun esto únicamente podía hacerse á corta distancia de los lugares de embarque, para obtener algún resultado.

La dificultad en las comunicaciones mantenía á las provincias sin otros brazos que los que se proporcionaban á sí mismas con el crecimiento vegetativo de su población. Los inmigrantes, escasos y desconfiados, quedábanse en los puertos, temiendo la inseguridad de las llanuras misteriosas, surcadas sólo de tarde en tarde por una flota de carretas, y afligidas de continuo por la piratería de los jinetes del desierto. Algunos europeos que osaban avanzar en busca de trabajo, marchando solos y á pie por la llanura, acababan siendo esclavos de los indios. Otros perecían de hambre y de sed, al extraviarse en una planicie sin límites, igual al Océano.

El ferrocarril cambió esta situación en el transcurso de pocos años. La pampa salvaje, con sus mondas osamentas y sus plantas espinosas, convirtiéndose en campo inmenso de trigo. Hubo agricultura desde el momento que fué posible la traslación y exportación de las cosechas. El arado removió el suelo dormido durante siglos. El estanciero empezó á ser un productor de carne en vez de un proveedor de pellejos. Los propietarios de leguas y leguas de desierto, que sólo podían contar para su manutención y lujo con un rústico asado, una fuentada de mazamorra y un viejo carruaje, pasaron de golpe á la opulencia del multimillonario. Las ciudades, olvidando



BUENOS AIRES. UNA SECCIÓN DE LA AVENIDA DE MAYO

los particularismos y orgullos de campanario, fueron sinceramente argentinas. Los hombres pudieron ir de un lado á otro de la República, trabajando y realizando sus negocios sin necesitar más del caballo. Dulcificáronse las costumbres al no ser precisos para la vida el facón mortal, las rudas botas, el poncho burdo y el alimento de carne sanguinolenta. La cultura de los puertos del litoral fué esparciéndose por todo el territorio.

Así quedó vencido y muerto el demonio de la distancia.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de tenderse los primeros rieles.

* * *

Otro sér infernal que mantuvo al país en mortecina anemia, abanicando su sueño con alas de vampiro, fué el demonio de la despoblación.

Los buques de vela, en sus tardos y pesados viajes, sólo aportaban algunas docenas de nuevos pobladores á las riberas del Plata. La mala fama del país y lo dificultoso de los medios de transporte, no permitían mayores remesas de actividad humana.

La Argentina vivía á razón de un motín diario y de una guerra por mes. La deplorable fama que hoy gozan algunas Repúblicas de la América Central, por sus revoluciones y fusilamientos, la disfrutó entera durante medio siglo el país argentino. La paz absoluta en las orillas del Plata era un milagro, sólo visto muy de tarde en tarde. Cuando no se peleaban unas provincias con otras, chocaban todas ellas con Buenos Aires. El inmigrante que emprendía el viaje en busca de trabajo, ansiando crearse una posición, convertíase en guerrillero las más de las veces al llegar

á las costas platenses. Pedía herramientas agrícolas, tierras que cultivar, y los gobernantes, faltos de hombres para sus luchas intestinas, ponían un fusil en sus manos. La transformación realizábase buenamente, sin violencia alguna. El espíritu aventurero del inmigrante le preparaba para este cambio de vida. Cada uno llevaba un soldado dentro de él. Muchos que embarcaron en Europa para ser agricultores, murieron en los campos de batalla ó acabaron sus días como militares y marinos de la República.

Aparte de estas guerras, el largo período de Rosas con su paz de sepulcro tampoco fué favorable á la emigración. Los extranjeros viéronse muchas veces atropellados en sus vidas y haciendas. Algunos acabaron por tomar las armas contra el tirano, engrosando las filas de los defensores de Montevideo. Franceses é italianos figuraron en gran número en las huestes de la «Moderna Troya». Los españoles formaban batallones enteros. El coronel Neira, gallego valeroso, compañero de Garibaldi, pereció como un héroe homérico en las afueras de la ciudad.

No era la Argentina un país de grandes atracciones para el extranjero. ¿Qué representaba, además, el chorreo exiguo de emigrantes aportado por la navegación á vela, si se le comparaba con la despoblación que fomentaban las guerras continuas? . . .

Cuando el riel pacificó y unificó la tierra argentina, el trasatlántico presentóse á continuación, como un colaborador que llega á última hora para dar al trabajo un toque magistral y definitivo.

La navegación á vapor puso las riberas del Plata á quince días de Europa. Los vientres de los trasatlánticos pudieron contener pueblos enteros, que marchaban á la caza de la fortuna, cambiando de sitio en el planeta. La economía y la comodidad de la navegación multiplicaron en enormes proporciones los escasos grupos inmigrantes de otros tiempos. El recién llegado, al pisar tierra platense, en vez de encontrar las antiguas carretas ó las tropillas de caballos que conducían á las aventuras y penalidades del desierto, vió el ferrocarril.

La población de la República avanzó desde entonces á saltos. La emigración y la poca



BUENOS AIRES. HOTEL DE INMIGRANTES



BUENOS AIRES. PALACIO DE GOBIERNO (Lado del Sud).

frecuencia de las guerras aumentáronla con un crecimiento á la vez exterior é interior. El trasatlántico colaboró poderosamente en este gran milagro poblador, pocas veces visto en la Historia, que ha hecho saltar á la Argentina, en medio siglo, de dos millones de habitantes, á los seis ó siete que actualmente posee.

También influyó el trasatlántico, como el riel, en el desarrollo de la riqueza nacional. Los más de los ricos de la Argentina deben su fortuna al buque de vapor. Desde el momento que el trasatlántico, con una travesía de medio mes, pudo llevar á Europa el ganado vivo, comenzó la verdadera prosperidad platense. La carne fué un artículo tan precioso como el oro: ya no se derrochó ni se perdió. Á continuación establecióse el frigorífico. Este y la nave, hábilmente preparada para la exportación de carnes muertas, consolidaron la riqueza nacional.

Los buques de vapor, al remontar los ríos con mayor facilidad que los veleros, han prolongado el Atlántico muchas leguas tierra adentro, hasta el corazón de la República. Ciudades del interior se convirtieron en puertos trasatlánticos. La vida europea llegó, sin necesidad de trasbordos, á las entrañas del país. Sus frutos comenzaron á exportarse directamente desde el campo productor á los mercados del viejo mundo.

Las muchedumbres europeas, movidas por la esperanza, corrieron en busca del monstruo flotante, que puede llevar sobre sus lomos pueblos enteros. ¡Quince días de viaje no más y saltaban á un mundo nuevo, donde parecen verosímiles todos los prodigios! Hace cincuenta años equivalía á un suceso extraordinario la presencia de un velero de Europa en las riberas del Plata. Hoy llegan diariamente docenas de vapores de todos los puertos del mundo.

Así fué vencido y muerto el demonio de la despoblación.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de la llegada del trasatlántico á vapor.

* * *

El fusil Remington fué el arma victoriosa del progreso en las llanuras platenses. Gracias á él se amansó el indio y pudo avanzar el blanco tierra adentro, convirtiendo el desierto en campos de cereales y frescas praderas.

Hasta que no fué adoptado el Remington en 1873, la lucha con el enemigo cobrizo resultó insegura y las más de las veces, inútil. Rosas, con todo su poder y su ejército duro y aguerrido, no pudo nada contra el indígena. Avanzó victorioso; pero apenas se hubo retirado, el salvaje volvió á surgir entre sus huellas.

La República había caído en triste desaliento, reconociéndose impotente para vencer la

plaga bárbara de los indios á caballo. Pactaba con ellos de potencia á potencia; pretendía ablandarlos con regalos; llegaba á los mayores extremos de adulación para conservar una paz momentánea en sus fronteras, y los piratas del desierto abusaban de esta debilidad.

Tan arraigada se hallaba la convicción de que era imposible vencer al indio, que al emprender el general Roca la conquista del desierto, hubo argentinos ilustres que profetizaron una guerra sin término. «Vamos á necesitar trescientos años de lucha; tantos como necesitaron los españoles para dominar y colonizar el país.»

Los trescientos años sólo fueron seis meses. El infante, con la bolsa llena de cartuchos y un fusil nuevo en las manos, que podía hacer varios disparos por minuto, acabó en unas cuantas semanas con esta rémora de la civilización.

Hasta 1873, indios y cristianos combatían como si viviesen en plena Edad Media. Unos y otros eran jinetes y no usaban otras armas que las blancas. Los oficiales, venidos de las guarniciones urbanas á los fortines de la frontera, convertíanse al poco tiempo en unos guerrilleros casi salvajes. La lanza era su arma, y todo lo fiaban á la fuerza del brazo.

Cuando se encontraba una partida de indios con un destacamento de caballería argentina, había encuentros parciales antes del choque definitivo, desafiándose los más valientes de uno y otro lado á singular combate, que presenciaban inmóviles las dos tropas. Estos torneos medioevales y heroicos sólo servían para rebajar el blanco al nivel del indio, prolongando la guerra indefinidamente. Algunas veces, una tribu retaba á gritos á los soldados de un fuerte para que saliesen á combatir con ella en campo raso. Otras, era un paladín bronceado el que avanzaba para desafiar, con atroces insultos, á cualquier oficial que le había placido esco-



UNA REVISTA MILITAR ANTE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA